

EL FRANCOTIRADOR

CHRIS KYLE

JIM DeFELICE
y SCOTT McEWEN



MEMORIAS
DEL SEAL MÁS
LETAL DE
LA HISTORIA

CRÍTICA

CHRIS KYLE
Con Jim DeFelice y Scott McEwen

EL FRANCOOTIRADOR
Memorias del SEAL
más letal de la historia

Traducción de David León

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: enero de 2015

El francotirador
Chris Kyle

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *American Sniper*

© 2012, 2013 by CT Legacy, LLC (Memorial Edition)

© de la traducción, David León, 2015

Mapa de Irak, por cortesía de UN Cartographic Section

© Editorial Planeta S. A., 2015
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es
www.espacioculturalyacademico.com

ISBN: 978-84-9892-782-5
Depósito legal: B. 24.887-2014
2015. Impreso y encuadernado en España por Egedsa

Índice

Nota del autor	9
Mapa de Irak	11
Prólogo: El mal en el punto de mira	13
1. La doma de potros y otros modos de pasarlo bien. .	19
Corazón de vaquero y nada más	19
La doma de potros cerriles	23
La vida de vaquero	26
El rechazo de la Armada	28
Llamada a filas	31
2. Tiritones.	33
Bienvenido al BUD/S	33
De mal en peor	34
Vapuleado	37
Ser invisible	39
De un rancho a otro	40
En el limbo	44
Marcus	47
Amor	49
11 de septiembre de 2001	54
El adiestramiento	55
Novatadas y boda	60

3. Asaltos	67
Al arma	67
Misiles Scud	70
Navidad	74
Sesentero	75
4. Cinco minutos de vida	81
Los <i>buguis</i> y el barro no casan.	81
Con gas, por favor	84
Shat al-Arab	86
Marcha hacia Bagdad	87
Alrededores de Nasiriya	88
El mal	92
Cadáveres escondidos	93
«Vamos a morir».	95
Adiós al campo de batalla	96
5. Francotirador	99
Cicatrices	100
Vuelta al cole	102
Sobre fusiles	105
El Mk-12	106
El Mk-11	107
El 7,62 largo	107
El Barrett	108
Calibre .338	109
A prueba	111
Azotado por delfines y comido por tiburones	113
Tatuajes	116
Padre	117
El curso de orientación	119
6. Sembrando muerte	121
A la guerra otra vez	121
Irak	122
Con el GROM	125

Vodka con meado de búfalo	127
Bien pertrechado	129
<i>Pistolas</i>	129
<i>Fundas de pistola</i>	129
<i>Botiquín</i>	130
<i>Chaleco antibalas y demás equipo</i>	130
¡Arriba, Kyle!	133
Base preparada	134
Llegar	136
En el frente y pensando en casa	137
Empieza la acción	138
A los pisos	141
Con la compañía Kilo	145
Los malos	147
Bajo los escombros	148
Y líbranos de la silla	150
«El Fugitivo» se delata	151
«Disparamos todos, y ya está»	152
 7. Con la mierda al cuello	 159
En la calle	159
Dentro	161
Un viejo	163
Un día más	164
El mejor disparo de francotirador de la historia	166
Redistribución	168
No se lo digas a mi madre	169
Acción de Gracias	170
Asalto al pantano	171
Vuelve «el Fugitivo»	172
El pantano	173
Pelotas de playa y tiros largos	175
Errores de percepción	177
De nuevo a Bagdad	178
De juerga con los peces gordos	179
La calle Haifa	182

Lascivo y surrealista	184
Una llamada a casa	185
Cría fama	187
Más	189
Asaltos, helicópteros y alturas	191
Una y no más	193
8. Conflictos familiares	197
Lazos.	197
Nocturnidad y alevosía.	201
Marcus	205
Un experto, en teoría.	207
Nuevos colegas.	208
Marc Lee.	211
El mando.	212
Más tatuajes	213
Listos para partir.	214
A parir	215
9. «Los Castigadores».	217
«Veníamos por lo de los morteros».	217
Base Tiburón	219
Un siete plantas	220
«La Leyenda»	222
«Los Castigadores».	224
Intérpretes	227
Blancos.	228
Distintos modos de matar	229
Entre los durmientes.	234
Lo mejor de lo mejor	236
Civiles y salvajes	237
Por fin un plan	241
Los yundies	242
El COP Hierro	245
10. «El Diablo de Ramadi».	247
Entrar	247

Suboficial y planificador	250
El COP Halcón	253
100 y 101	254
Con el ejército de tierra	256
Predicadores y cartucheras	258
El jardinero fiel.	262
Ángeles de la guarda y diablos	265
Un hombre muy buscado.	266
Avances	267
11. Nos han dado	269
¿Qué coño...?.	269
El desquite	271
Marc	272
Fuera de servicio	274
Reemplazos	276
Otra vez al lío	279
Dos por uno	282
La conciencia limpia	285
Leucemia	288
12. Tiempos difíciles	291
Al hogar	291
La mejoría	293
Mike Monsoor.	294
Peleas y más peleas	297
El <i>sheriff</i> de Ramadi	301
Cirugía de rodilla	304
Tiempos muy duros	306
La cuarta misión	309
Sección Delta	310
Puños y mandíbulas	313
Listos para partir.	314
13. Mortalidad	315
Ciego.	315

Al oeste	316
Un tiro por la espalda	320
Construcción de la muralla.	322
Blancos a porrillo.	323
A por mi fusil	325
Victoria	326
De pueblo en pueblo	327
Mierda por todas partes	328
Evacuados	330
Sargento primero Kyle	333
Demasiado pensar	336
14. Evacuado y licenciado	339
La escapada	339
Proteger a los otros.	340
¿Estás o no estás?	341
Se casa Ryan	343
Mighty Warriors	345
La Craft	346
De nuevo en Texas	348
Al borde del abismo	350
Ofrecer	351
Quién soy	354
La guerra	356
Agradecimientos	359
P. S.	361
Sobre el autor: la vida de Chris Kyle	363
Mucho más que trabajo: llevar la historia de Chris a la gran pantalla, por Taya Kyle	365
De los abismos del dolor, una leyenda: cómo dio forma la tragedia al guión de <i>El francotirador</i> , por Jason Hall	372

La doma de potros y otros modos de pasarlo bien

Corazón de vaquero y nada más

Toda historia tiene un comienzo.

El de la mía se encuentra en el centro y el norte de Texas. Crecí en ciudades pequeñas en las que aprendí la importancia que poseen los valores familiares y tradicionales como el patriotismo, la autosuficiencia y la salvaguardia de la familia y los vecinos de uno. Me enorgullece decir que sigo tratando de vivir conforme a esos valores. Tengo un sentido de la justicia muy marcado, muy en blanco y negro: no veo demasiados grises. Me parece importante proteger a otros. No me importa el trabajo duro, aunque también me gusta divertirme. La vida es demasiado corta para no hacerlo.

Me criaron en la fe cristiana, y sigo creyendo en ella. Si tuviese que enumerar por orden mis prioridades, estas serían: Dios, mi patria y mi familia. La posición de estas dos últimas no es indiscutible: últimamente he llegado a creer que la familia podría superar a la patria en determinadas circunstancias, pero es verdad que la suya es una competición muy reñida.

Siempre me han gustado las armas; me encanta cazar, y, de alguna manera, pienso que puede decirse que soy vaquero desde pequeño. Cuando aprendí a andar, ya montaba a caballo. Hoy no podría considerarme un vaquero de verdad, ya que ha pasado mucho desde los tiempos en que trabajé en un rancho, y probablemente he perdido

buena parte de la habilidad que tenía con la silla. Aun así, en lo más hondo de mi alma no soy un SEAL, sino un vaquero. O, al menos, debería serlo. El problema es que no es fácil ganarse la vida así cuando se tiene familia.

No recuerdo cuándo empecé a cazar, aunque debió de ser de muy pequeño. Mi familia tenía un arrendamiento cinegético a unos cuantos kilómetros de donde vivíamos, y no había invierno que no fuésemos de cacería. (Para el que no lo sepa, un arrendamiento cinegético es una propiedad cuyo propietario concede permisos de montería para una cantidad de tiempo concreta: uno paga y tiene derecho a salir allí a cazar. No sé si el lector tendrá en su tierra otra clase de transacción para lo mismo, pero aquí es muy frecuente hacerlo así.) Además de venados, cobramos pavos, palomos y codornices, según la temporada. Me refiero a mi madre, mi padre y mi hermano, cuatro años menor que yo. Pasábamos los fines de semana en una vieja caravana. No tenía mucho espacio, pero éramos pocos y estábamos muy unidos, y nos lo pasábamos en grande.

Mi padre trabajaba en la Southwestern Bell y en la AT&T —las dos empresas se separaron y volvieron a unirse en lo que duró su trayectoria profesional—. Era gerente, y cada vez que lo ascendían teníamos que mudarnos; así que puede decirse que me crié en toda Texas.

A pesar del éxito, odiaba su trabajo. Lo que no soportaba no era su cometido en sí, en realidad, sino lo que traía consigo: la burocracia, el tener que trabajar en una oficina. Le repateaba de veras tener que llevar traje y corbata a diario.

—¿Qué más da el dinero que ganes? —me decía—. No sirve para nada si no eres feliz.

Fue el consejo más valioso que me dio jamás: en la vida, haz lo que quieres hacer. Hasta la fecha he intentado mantenerme fiel a esta doctrina.

Mi padre fue en muchos sentidos el mejor amigo que tuve mientras crecía, pero también supo combinarlo con una buena dosis de disciplina paterna. Había entre estos dos aspectos una línea divisoria que nunca quise cruzar. Me llevé alguna que otra zurra cuando me la merecía, aunque sin pasarse y nunca con saña. Cuando se ponía fu-

rioso, se daba unos minutos para calmarse antes de darnos una tunda moderada... y un abrazo a continuación.

Según mi hermano, los dos nos pasábamos el día agarrados uno al pescuezo del otro. No sé si será cierto, pero sí que tuvimos nuestras peleas. Él era más pequeño de edad y de tamaño, pero repartía como el que más y nunca se rendía. Tiene un carácter muy fuerte, y hasta la fecha es uno de mis mejores amigos. Andábamos siempre a la gresca, pero también lo pasábamos en grande, y ninguno de nosotros dudaba de que podía contar con el otro.

En el vestíbulo de nuestro instituto había una estatua de una pantera, y todos los años era tradición que los veteranos trataran de sentar en lo alto a los recién llegados como novatada. Estos, claro, se resistían. Yo ya me había graduado cuando mi hermano entró en el instituto, y, sin embargo, el primer día de clase fui allí para ofrecer cien dólares a quien se atreviera a montarlo en la estatua.

Todavía conservo aquel billete.

Aunque acababa metido en un montón de peleas, la mayoría no las empezaba yo. Mi padre me había dejado claro que me llevaría una zurra si se enteraba de que lo había hecho. Se suponía que nosotros pasábamos de eso.

Lo de defenderme era otra cosa muy distinta, y proteger a mi hermano era mejor incluso. Si alguien quería vérselas con él, le daba lo suyo: yo era el único que tenía derecho a cascarlo.

En un momento dado empecé a defender a chavales más pequeños cuando se metían con ellos. Me daba la sensación de que tenía que protegerlos, y lo convertí en mi deber.

A lo mejor empezó todo como una excusa para pelearme sin que me castigaran, pero creo que hubo algo más. El sentido de la justicia y del juego limpio que tenía mi padre debió de influirme más de lo que fui capaz de ver entonces, y hasta más de lo que puedo decir de adulto. Fuera cual fuese el motivo, aquella actitud me dio ocasiones de sobra para meterme en peleas.

Mi familia tenía una gran fe en Dios. Mi padre era diácono, y mi madre, catequista de una escuela dominical. Siendo yo joven, hubo una época en la que íbamos a la iglesia el domingo por la mañana y por la noche, y el viernes por la tarde, todas las semanas. Sin embargo, no nos teníamos por personas excesivamente religiosas, sino solo por gente de bien que creía en Dios y participaba en su parroquia. Y la verdad es que en aquellos tiempos no me gustaba mucho ir a misa.

Mi padre trabajaba mucho. Sospecho que lo llevaba en la sangre, porque su padre había sido granjero en Kansas, y esa gente se afana muchísimo. Nunca le bastó con tener un trabajo: llevó una tienda de pienso durante un tiempo en mi adolescencia, y además teníamos un rancho no muy grande que ayudábamos a mantener entre todos. Ahora, que oficialmente está jubilado, es fácil encontrarlo asistiendo a un veterinario vecino cuando no está cuidando de su ranchito.

Mi madre también se deslomaba. Cuando mi hermano y yo tuvimos edad suficiente para que nos dejaran solos, trabajó de terapeuta en un reformatorio. La de pasarse el día bregando con muchachos tan difíciles no era labor fácil, y al final acabó por buscar otra cosa. También se ha jubilado ya, aunque se ocupa en trabajos a tiempo parcial y en cuidar a sus nietos.

Las faenas del rancho ayudaron a completar mis días de colegio. Mi hermano y yo teníamos distintas tareas tras las clases y durante el fin de semana: dar de comer a los caballos, cuidarlos y vigilar con ellos el ganado, supervisar el cercado...

Las vacas no dejan nunca de darte problemas. Yo he recibido coces en las piernas, en el pecho y, sí, en salva sea la parte. Eso sí: nunca en la cabeza. Igual eso me habría enderezado.

De adolescente crié cabestros y vaquillas para la Future Farmers of America (lo que hoy es oficialmente The National FFA Organization). Me encantaba la FFA, y pasé mucho tiempo allí, cuidando del ganado y enseñándoselo a otros, aunque tratar con esas bestias puede ser muy frustrante. Me cabreaba con ellas, y creo que me sentía el rey del mundo. Cuando fallaba todo lo demás, me conocían por los golpes que les daba en esa cabezota dura que tenían para hacer que entraran en razón. Así me rompí dos veces la mano. Como ya he dicho, quizá una buena coz en el cráneo habría servido para enmendarme.

Con las armas no era tan loco, aunque me apasionaban de todos modos. Mi primera escopeta, como la de otros muchos chavales, fue una carabina de aire comprimido Daisy BB, de repetición —cuanto más le dieras a la palanca, mayor era la potencia del disparo—. Más tarde tuve un revólver de aire comprimido que se parecía al viejo Colt Peacemaker de 1860. Desde entonces he sentido predilección por las armas de fuego del Oeste, y después de dejar las fuerzas armadas empecé a coleccionar alguna que otra réplica de gran calidad. Mi preferida es la de un Colt modelo 1861 Navy fabricada a la antigua. El primer fusil de verdad me lo dieron con siete u ocho años. Era un fusil de cerrojo de 7,62, un arma cabal de tío mayor; tanto, que al principio ni me atrevía a dispararla. Me encantaba, aunque recuerdo que la que de veras ansiaba tener era la Marlin 336 de mi hermano, un rifle accionado por palanca, al estilo de los vaqueros.

Sí: ese ya fue un claro antecedente.

La doma de potros cerriles

Uno no es un vaquero hecho y derecho hasta que es capaz de dominar a un caballo. Yo empecé a aprender estando en el instituto. Al principio no sabía de la misa la media. Las instrucciones que nos daban eran: «Súbete de un salto, móntalos hasta que dejen de corcovear e intenta no caerte».

Aunque aprendí mucho más cuando crecí, la mayor parte de aquella primera formación fue llegando sobre la marcha, o por así decirlo, sobre el caballo: si él hacía tal cosa, yo tenía que hacer tal otra. Al final, acabábamos por entendernos. Quizá lo más importante que aprendí entonces fue a tener paciencia. Yo no soy paciente por naturaleza, y tuve que desarrollar ese don bregando con caballos. Después de todo, me resultó valiosísimo para hacer de francotirador, y hasta para cortejar a mi mujer.

A diferencia de las vacas, los caballos no me han dado jamás motivo alguno para darles una zurra. Cabalgarlos hasta agotarlos, sí. Mantenerme sobre ellos hasta enseñarles quién mandaba, por supuesto; pero ¿pegar a un caballo? Nunca me han dado motivos. Son

más listos que las vacas. Con tiempo y paciencia es posible hacer que un caballo colabore.

No sé si tenía o no talento para domar potros, pero estar con ellos alimentaba mi pasión por todo lo que tenía que ver con los vaqueros. Volviendo la vista atrás, no resulta sorprendente que estuviera compitiendo en rodeos antes de acabar la escuela. En la secundaria hacía deporte —béisbol y fútbol americano—, pero nada podía compararse a la emoción de un rodeo.

Todo el mundo tiene su camarilla en el instituto: los deportistas, los empollones... Yo me juntaba con los «laceros». Llevábamos botas y tejanos, y en general teníamos pinta de vaqueros y actuábamos como ellos. Yo no era un lacero de los de verdad —en aquella época no habría sido capaz de echar el lazo al becerro más escuchimizado—, pero eso no me impidió participar en rodeos con dieciséis años.

Comencé montando toros y potros en un recinto pequeño en el que pagabas veinte pavos por el tiempo que pudieses aguantar a lomos del animal. Cada uno tenía que llevar sus propios arreos: espuelas, zahones, aparejos... No había refinamiento alguno: montabas, te caías y volvías a montar. Cada vez aguantaba más, hasta que adquirí la confianza suficiente para participar en unos cuantos rodeos locales de escasa importancia.

Doblegar a una res no es exactamente igual que domar un caballo. Tiene la piel mucho más suelta, de modo que cuando cabecea hacia delante no solo corres peligro de salir despedido en esa dirección, sino que también te escurres hacia los lados. Además, los toros giran con una fuerza tremenda. No es nada fácil permanecer sobre sus lomos.

Estuve un año más o menos montando toros, hasta que escarmenté y me pasé a los caballos, y acabé por especializarme en la doma de potros con silla, espectáculo clásico en el que no solo hay que permanecer ocho segundos montado, sino hacerlo con estilo y con gracia. No sé por qué, pero en esta modalidad me daba mucho más arte que en cualquier otra. Por eso estuve mucho tiempo dedicado a ella, lo que me supuso no pocas hebillas y alguna que otra silla de las buenas. No es que fuese un campeón, ni mucho menos, pero se me daba lo bastante bien para poder invitar a unos y a otros en el bar con el dinero de los premios.

También conseguí que se fijaran en mí las *buckle bunnies*, las *groupies* de los rodeos. Aquello era insuperable: disfrutaba viajando de ciudad en ciudad, yendo de fiesta en fiesta y montando.

Digamos que llevaba el estilo de vida de un vaquero de verdad.

Seguí montando tras superar la secundaria en 1992 y matricularme en la Universidad Estatal de Tarleton, situada en Stephenville (Texas). Para quienes no lo sepan, se fundó en 1899 y se unió en 1917 al Sistema Universitario Texas A&M. Es la tercera en importancia de las universidades de agronomía no adscritas a la ley de concesión de tierras del país, y tiene fama de formar excelentes capataces de rancho y granja y profesores de ciencias agrarias.

En aquellos tiempos quería ser ranchero, aunque es verdad que antes de matricularme había acariciado la idea de hacer la carrera militar. Mi abuelo materno había sido piloto de las fuerzas aéreas, y hubo un tiempo en que quise ser piloto. Luego pensé en hacerme marine, pues quería estar donde hubiese acción. Me hacía gracia la idea de combatir. También había oído hablar de las operaciones especiales, y me planteé la posibilidad de entrar en los batallones de reconocimiento, que es la unidad especial de élite de la infantería de marina; pero mi familia, y sobre todo mi madre, quería que fuese a la universidad. Al final se salieron con la suya: decidí graduarme primero y sentar plaza después en las fuerzas armadas. «¡Qué leche! —pensé—. Así puedo divertirme de lo lindo antes de ponerme a trabajar en serio.»

Seguía compitiendo en los rodeos, y cada vez se me daba mejor. Sin embargo, se fue todo al garete a finales de mi primer curso, cuando un caballo salvaje dio una vuelta de campana conmigo encima. Cayó de tal manera que mis ayudantes no pudieron abrir el chiquero y tuvieron que darle la vuelta al animal haciéndolo pasar sobre mí. Se me había quedado un pie en el estribo, y me vi arrastrado y golpeado con tanta fuerza, que perdí el conocimiento. Volví en mí en el helicóptero de emergencia que me trasladó al hospital. Acabé con clavos en las muñecas, un hombro dislocado, varias costillas rotas y contusiones en un pulmón y un riñón.

Quizá la peor parte de mi recuperación fueron los condenados clavos, que no eran otra cosa que tornillos enormes de un centímetro y medio de grosor, que sobresalían unos cuantos centímetros por encima de la piel y me hacían parecer Frankenstein. Picaban y tenían un aspecto muy poco agradable, pero me sujetaron las manos a los brazos.

Unas semanas después de la lesión decidí que había llegado el momento de llamar a una muchacha con la que llevaba un tiempo queriendo salir. No iba a permitir que los clavos me fastidiaran la diversión. Iba conduciendo con ella a mi lado, y uno de aquellos clavos de metal no paraba de accionar el intermitente al mover yo el brazo. Harto de aguantarlo, acabé por partirlo casi a la altura de la piel. A ella aquel espectáculo no le produjo precisamente una buena impresión, y la cita terminó pronto.

Tuve que dejar los rodeos, aunque seguí yéndome de parranda como cuando salíamos de gira. No tardé en gastar todo lo que tenía, y tuve que buscar trabajo después de las clases. Encontré uno de repartidor en un almacén de madera que distribuía materiales diversos.

Trabajaba bien, y creo que eso dio sus frutos. Un día entró un tipo y nos pusimos a hablar.

—Conozco a un rancho que está buscando a alguien que le eche una mano —me dijo—. ¿Te interesa?

—¡Hombre! —le respondí yo—. Ahora mismo estoy allí.

Y así fue como entré a trabajar en un rancho, como un vaquero de verdad, aunque seguía yendo a clases a tiempo completo.

La vida de vaquero

Empecé a trabajar a las órdenes de David Landrum en el condado de Hood, y me di cuenta enseguida de que no era ni la mitad de vaquero de lo que pensaba. David se encargó de dejármelo claro. Me enseñó cuanto hay que saber para llevar un rancho, y más aún. Era un tipo duro. Te ponía verde de arriba abajo, y luego de abajo arriba, aunque cuando lo hacías bien no decía ni pío. Con todo, acabé por cogerle cariño.

Trabajar en un rancho es estar en el cielo.

La de allí no es una vida fácil, y el trabajo te desloma. Sin embargo, al mismo tiempo resulta todo sencillísimo. Pasas casi todo el tiempo fuera. La mayoría de los días estás solo con los animales. No tienes que tratar con gente, ni meterte en una oficina ni lidiar con pamplinas sin importancia: te limitas a hacer tu trabajo.

La hacienda de David ocupaba cuatro mil hectáreas. Era un rancho en toda regla, de los antiguos, y hasta teníamos una carreta de provisiones de las de antes para cuando reuníamos el ganado por primavera.

Tengo que decir que aquel era un lugar muy hermoso, poblado de suaves colinas y atravesado por un par de riachuelos: un campo abierto que hacía que uno se sintiera vivo con solo mirarlo. El corazón del rancho era una casa antigua que tuvo que ser una estación de paso (una fonda, para los nortños) en el siglo XIX: una construcción majestuosa con porches resguardados tanto delante como detrás, habitaciones amplias y un hogar de grandes dimensiones en el que hacer entrar en calor tanto el alma como el cuerpo.

Como jornalero, claro, a mí me correspondía un alojamiento algo más primitivo: una barraca que apenas contaba con el espacio suficiente para albergar un catre. Debía de medir unos dos metros por poco menos de cuatro, ocupados en buena parte por mi cama. Ni siquiera había ningún mueble que pudiera tener cajones, lo que me obligaba a colgar toda mi ropa, incluida la interior, en una percha.

Las paredes no tenían aislamiento. La región central de Texas puede llegar a ser muy fría en invierno, y ni siquiera poniendo al máximo la estufa de gas y un calefactor eléctrico al lado de la cama podía quitarme la ropa para dormir. Aun así, lo peor de todo era la falta de cimientos como está mandado bajo el suelo de madera, que me obligaba a pelear sin descanso con los mapaches y armadillos que hacían madriguera bajo la cama. Los segundos tenían un humor de mil demonios y no conocían el miedo: debí de matar a una veintena antes de que entendieran que no eran bienvenidos bajo mi techo.

Empecé conduciendo tractores y plantando trigo para el ganado en invierno, y más adelante repartiendo pienso; hasta que David consideró probable que me quedara y empezó a darme más responsabili-

dades, además de aumentarme el sueldo a cuatrocientos dólares mensuales.

Cuando acababan las clases, a la una o las dos de la tarde, me dirigía al rancho para trabajar hasta que se ponía el sol, tras lo cual estudiaba un rato y me iba a la cama. A primera hora de la mañana, daba de comer a todas las monturas y me iba a la universidad. El verano era lo mejor, porque lo pasaba a lomos de caballo desde las cinco de la mañana hasta las nueve de la noche.

Al cumplir, al fin, dos años en el rancho, comencé a adiestrar a los caballos vaqueros —los que se emplean para apartar a una res del resto de la manada— y a prepararlos para la subasta. Estos animales cumplen una función importantísima en el rancho, y uno de calidad puede llegar a venderse por una cantidad considerable de dinero.

Fue entonces cuando aprendí de veras a bregar con caballos, y cuando me volví mucho más paciente que antes. Perder los nervios con uno de ellos puede arruinarlo de por vida. Así que no tuve más remedio que aprender a tomarme el tiempo necesario y ser amable con ellos.

Los caballos son animales inteligentes en extremo, y aprenden con gran rapidez si se les adiestra bien. Hay que enseñarles algo muy sencillo, parar y volver a hacerlo a continuación. Se entusiasman cuando aprenden, y a mí me gustaba aprovechar ese momento: acababa la sesión cuando había alcanzado algún logro, y la retomaba al día siguiente.

Evidentemente, me costó un tiempo aprender todo esto. Mi jefe no pasaba por alto ninguna metedura de pata: arremetía contra mí de inmediato y me trataba de mierdecilla despreciable. Sin embargo, yo nunca me cabreaba con David; me limitaba a pensar: «Sé hacerlo mejor, y voy a demostrártelo».

Y resulta que esa es precisamente la actitud que necesitas para servir en los SEAL.

El rechazo de la Armada

En el campo tenía mucho tiempo y espacio de sobra para pensar qué rumbo tomar. Los estudios y las clases no eran lo mío. Las puertas del

rodeo también se me habían cerrado; así que decidí dejar la universidad y la ganadería y volver a mi plan original: alistarme de soldado en el ejército. Dado que era aquello lo que de verdad quería hacer, no tenía sentido seguir esperando.

Por eso, un día de 1996 me dirigí al banderín de enganche decidido a sentar plaza.

La oficina parecía un centro comercial en miniatura, con secciones para el ejército de tierra, la Armada, la infantería de marina y las fuerzas aéreas dispuestas una detrás de otra en una fila no muy amplia. Desde cada una de ellas te observaban al entrar. Competían entre ellas, y la rivalidad que se tenían no parecía amistosa.

Fui primero a la puerta de los marines, pero habían salido a almorzar, y ya me había dado la vuelta para salir por donde había entrado cuando me llamó el del ejército de tierra.

—Oye —me dijo—, ¿y si te vienes con nosotros?

«¿Por qué no?», pensé. Y entré.

—¿Qué te interesa hacer en las fuerzas armadas? —quiso saber.

Le dije que me gustaba la idea de las operaciones especiales, y que lo que había oído de las fuerzas especiales me había llevado a querer servir en ellas... si es que entraba en el ejército. (Las fuerzas especiales son una unidad selecta a la que se confían las misiones más delicadas. Aunque a veces se emplea incorrectamente la denominación para designar en general a los soldados de operaciones especiales, aquí me refiero siempre a este cuerpo concreto.)

En aquellos tiempos, había que ser E-5* en el ejército de tierra (o sea, cabo primero) para aspirar a formar parte de las fuerzas especiales, y a mí no me hacía ninguna gracia la idea de tener que esperar tanto tiempo para empezar a disfrutar de lo bueno.

—¿Y si te haces *ranger*? —propuso el de la oficina de recluta.

Yo no sabía mucho de aquel cuerpo, pero lo que me contó me resultó muy tentador: saltar en paracaídas, asaltar objetivos, hacerme exper-

* Se consignan aquí las graduaciones de suboficiales y clases de tropa según la nomenclatura estadounidense, que va del E-1 al E-9. Para su equivalencia en el ámbito de la OTAN, basta sustituir la «E» antepuesta (inicial de *enlisted*) por «OR» (*other ranks*). (N. del t.)

to en armas portátiles... El reclutador me sedujo con todas las posibilidades que se me presentaban, aunque no llegó a cerrar el alistamiento.

—Voy a pensármelo —respondí mientras me levantaba para irme.

Y a punto estaba de salir cuando me llamó desde su puesto el de la Armada.

—¡Oye, tú! —dijo—. Ven aquí.

Y eso hice.

—¿De qué estabais hablando? —me preguntó.

—Estaba pensando en entrar en las fuerzas especiales —le contesté—, pero tienes que ser OR-5; así que me estaban informando sobre los Rangers.

—¡No me digas! ¿Y has oído hablar de los SEAL?

En aquella época no se conocían demasiado. Yo había oído algo al respecto, pero tampoco sabía mucho de ellos. Creo recordar que me encogí de hombros.

—Anda, ¿por qué no entras —me dijo el marine— y te lo cuento todo?

Empezó hablándome de la fase BUD/S, o adiestramiento en Demolición Subacuática Básica de los SEAL, que es la instrucción preliminar que debe recibir todo aquel que quiera servir en este cuerpo. Hoy hay cientos de libros y películas sobre estos y aquel, y hasta una entrada extensa en la Wikipedia sobre la formación que recibimos; pero en aquellos tiempos, el BUD/S era todo un misterio, al menos para mí. Cuando supe lo difícil que era, la tralla que daban los instructores y que el índice de aprobados no llegaba al 10% del curso, me quedé impresionado: solo para superar el proceso de adiestramiento tenías que ser un cabroncete duro de pelar.

Me gustaba esa clase de retos.

Luego, el del banderín de enganche me habló de las misiones que habían llevado a cabo los SEAL y sus predecesores, los UDT (los Equipos de Demolición Subacuática, submarinistas encargados de explorar playas enemigas y de otros cometidos especiales desde la segunda guerra mundial). Me contó que los combatientes habían nadado entre los obstáculos dispuestos en las costas caídas en manos de los japoneses y habían sostenido batallas horripilantes tras las líneas

dispuestas en Vietnam. Todo eso parecía de lo más intenso, y cuando salí de allí no quería otra cosa que entrar en los SEAL.

Entre los reclutadores, y sobre todo entre los buenos, hay más de uno que tiene mucho de ladrón; y este no era distinto. Cuando volví para firmar los papeles, me dijo que tenía que renunciar al premio de enganche si quería asegurarme un puesto en los SEAL.

Así lo hice.

Era mentira, claro. Lo de rebajar la remuneración que reciben por alistarse los nuevos reclutas debió de ponerlo en muy buen lugar. Seguro que tiene un futuro inmejorable como vendedor de coches de segunda mano.

La Armada no me prometía que fuese a formar parte de los SEAL: eso era un privilegio que tenía que ganarme. Sin embargo, sí que me garantizaba la ocasión de intentarlo. A mí eso me bastaba, porque no estaba dispuesto a fracasar.

El único problema es que ni siquiera me dieron la oportunidad de fallar: la Armada me rechazó cuando el examen físico reveló los clavos que tenía en el brazo por el accidente que había sufrido en el rodeo. Por más que supliqué, me declararon no apto. Hasta me ofrecí a firmar un descargo que exonerase a la Armada de cuanto pudiese pasarme.

Me respondieron con un *no* rotundo.

Y yo di por sentado que allí acababa mi trayectoria militar.

Llamada a filas

Descartada la idea de hacerme soldado, me centré en el proyecto de dedicar mi vida a la profesión de vaquero. Como ya tenía un buen puesto en un rancho, pensé que no tenía mucho sentido seguir estudiando. Así que lo dejé, aunque me faltaban menos de sesenta créditos para graduarme.

David me dobló la paga y me asignó más responsabilidades. Las ofertas, más generosas, que recibí de diversos capataces me atraieron

a otros ranchos, aunque por distintos motivos siempre acababa volviendo al de David. Al final, poco antes del invierno de 1997-1998, me vi mudándome a Colorado.

Acepté el trabajo con los ojos cerrados, y resultó ser un gran error. Pensé que después de pasar todo aquel tiempo en las llanuras de Texas no me iba a venir nada mal cambiarlas por un paisaje de montaña.

Y ¿qué pasó? Pues que el rancho en el que me contrataron estaba en la única región de Colorado que es más llana todavía que Texas. Y muchísimo más fría. No tardé mucho en llamar por teléfono a David para preguntarle si necesitaba ayuda.

—Vuelve —me dijo.

Me puse a hacer las maletas enseguida, pero antes de prepararlo todo para la mudanza recibí la llamada de un reclutador de la Armada.

—¿Todavía sigues interesado en servir en los SEAL? —me preguntó.

—¿Por qué?

—Porque te queremos en nuestro equipo —respondió él.

—¿Con clavos en el brazo y todo?

—No te preocupes por eso.

No me preocupé: empecé a disponerlo todo de inmediato.